

**Título:** Libro Viejo

**Nombre:** Manuela Borda Gómez

Todos estábamos de acuerdo en que Zenda era la persona más peculiar que habíamos conocido, siempre andaba abrazada a un librito que intentaba utilizar como escudo. Era un libro sucio, roto, viejo y, simplemente, feo. Resaltaba mucho, porque contrastaba con Zenda, una niña de pelo lacio y castaño, piel morena y ademanes delicados que no daban indicios del porqué andar por ahí con un libro feo. Por esto, Zenda siempre fue la “rara”, no encajaba en los grupos, pero parecía no importarle, no escuchaba las burlas o los comentarios; en su mundo, eran solo ella y su libro. El colegio siguió su ciclo normal, sin embargo, lo único constante eran Laura y su libro. Hasta mucho tiempo después de graduarnos, cuando me la encontré por casualidad en una cafetería.

Nunca lo olvidaré, era otoño y, una de esas brisas que te congelan hasta los huesos, se llevó consigo la hoja que tenía en la mano. Cuando logre alcanzar el papel ahí estaba ella, seguía tal como la recordaba, solo que con más años. Ella también me reconoció de inmediato, para mi sorpresa, me invito a tomar un café. Después de un rato caí en la cuenta que Zenda había esquivado todas mis preguntas, solo habíamos hablado de mí. Intenté saber más de ella, pero estaba cerrada, traje varias veces a la conversación su libro, porque veía que una esquina, de lo que yo creía era el mismo libro, resaltaba de su bolsa, pero no recibí nada a cambio. Insistí tanto que pude notar su incomodidad, no era mi intención y sé que ella lo sabía.

- Lo siento mucho, le dije de la nada – sé que el bachillerato no fue fácil para ti, y yo nunca hice nada para impedir eso, debí de haber hecho algo.

Iba a añadir algo más, pero ella no respondió nada, tenía la mirada perdida. Había tocado algún hilo sensible y sentía que le había traído recuerdos no deseados. La culpa me estaba empezando a aparecer, así que decidí que era hora de irme. Pedí la cuenta, pero ella no me dejó pagar, cuando me disponía a levantarme Zenda me pregunto de repente,

- ¿De verdad quieres saber sobre mi libro? - Un poco confundida regrese a mi asiento me quede esperando lo que tenía que decir.

- ¿Por qué sigues con él? - me pregunto mirándome a los ojos por primera vez. Ella no tuvo que decir su nombre.

- Porque lo amo, le respondí.

- Todo este tiempo solo has hablado de él, me has contado todo lo que has sufrido a su lado, pero, igualmente, cómo sigues ahí porque no todo es malo, porque para ti es perfecto, y eso está bien. De eso se trata una relación, una tira y suelta, y sé que para él es igual, y que los dos serán muy felices. Eso es mi libro para mí, como tú te aferras a él para no olvidar quien eras, yo me aferro a un libro viejo. – Levanto

los hombros en seña de, eso es todo y, sin más, se levantó de la mesa y se fue, con ese aire lacónico que siempre tenía.

Siempre fuimos muy duros con Zenda, solamente le hablábamos de ese librito porque no lo entendíamos y eso nos asustaba, nos asusta lo que desconocemos, eso fue lo que le debí de haber dicho a Zenda en mi disculpa, que igual nunca iba a enmendar lo que tuvo que pasar ella. Solo hasta ese día me di cuenta de que todos tenemos un libro, todos vamos por la vida aferrados a un libro viejo, roto, imperfecto (una perfecta analogía para un ser humano, pensé más tarde en la ironía). Pero, como me lo había dicho Zenda, nos seguimos aferrando al libro porque es lo único que nos recuerda lo que alguna vez fuimos y la potencia de lo que alguna vez podríamos volver a ser; y, tal vez, esa es la razón por la que yo me seguía aferrando a él.